

**ASÍ HABRÁ MAS GOZO EN EL CIELO POR UN PECADOR QUE SE ARREPIENTE -
Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM**

Lc 15,1-32

En aquel tiempo, se acercaban a Jesús todos los publicanos y pecadores para oírlo y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: -- Este recibe a los pecadores y come con ellos. Entonces él les refirió esta parábola, diciendo: "¿Qué hombre de vosotros, si tiene cien ovejas y se le pierde una de ellas, no deja las noventa y nueve en el desierto y va tras la que se perdió, hasta encontrarla? Cuando la encuentra, la pone sobre sus hombros gozoso, y al llegar a casa reúne a sus amigos y vecinos, y les dice: "Gozaos conmigo, porque he encontrado mi oveja que se había perdido". Os digo que así habrá más gozo en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no necesitan de arrepentimiento.

"¿O qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una dracma, no enciende la lámpara, barre la casa y busca con diligencia hasta encontrarla? Y cuando la encuentra, reúne a sus amigas y vecinas, y les dice: "Gozaos conmigo, porque he encontrado la dracma que había perdido". Así os digo que hay gozo delante de los ángeles de Dios por un pecador que se arrepiente". También dijo: "Un hombre tenía dos hijos, y el menor de ellos dijo a su padre: "Padre, dame la parte de los bienes que me corresponde". Y les repartió los bienes. No muchos días después, juntándolo todo, el hijo menor se fue lejos a una provincia apartada, y allí desperdició sus bienes viviendo perdidamente. Cuando todo lo hubo malgastado, vino una gran hambre en aquella provincia y comenzó él a pasar necesidad. Entonces fue y se arrió a uno de los ciudadanos de aquella tierra, el cual lo envió a su hacienda para que apacentara cerdos.

Deseaba llenar su vientre de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba. Volviendo en sí, dijo: "¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre! Me levantaré e iré a mi padre, y le diré: 'Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros' ". Entonces se levantó y fue a su padre. Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y fue movido a misericordia, y corrió y se echó sobre su cuello y lo besó. El hijo le dijo: "Padre, he pecado contra el cielo y contra ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo".

Pero el padre dijo a sus siervos: "Sacad el mejor vestido y vestidle; y poned un anillo en su dedo y calzado en sus pies. Traed el becerro gordo y matadlo, y comamos y hagamos fiesta, porque este mi hijo muerto era y ha revivido; se había perdido y es hallado". Y comenzaron a regocijarse. "El hijo mayor estaba en el campo. Al regresar, cerca ya de la casa, oyó la música y las danzas; y llamando a uno de los criados le preguntó qué era aquello. El criado le dijo: "Tu hermano ha regresado y tu padre ha hecho matar el becerro gordo por haberlo recibido bueno y sano". Entonces se enojó y no quería entrar. Salió por tanto su padre, y le rogaba que entrara.

Pero él, respondiendo, dijo al padre: "Tantos años hace que te sirvo, no habiéndote desobedecido jamás, y nunca me has dado ni un cabrito para gozarme con mis amigos. Pero cuando vino este hijo tuyo, que ha consumido tus bienes con ramerías, has hecho matar para él el becerro gordo". Él entonces le dijo: "Hijo, tú siempre estás conmigo y todas mis cosas son tuyas. Pero era necesario hacer fiesta y regocijarnos, porque este tu hermano estaba muerto y ha revivido; se había perdido y ha sido hallado".

"Todos los recaudadores y los descreídos se iban acercando para escucharlo". Así comienza Lucas este episodio llamado de las parábolas de la misericordia que pueden considerarse la culminación de todo el evangelio, así como el mismo núcleo de este libro. Es un episodio, como el evangelista nos cuenta, en donde no falta el contraste: "-Por eso, tanto los fariseos como los letrados lo criticaban diciendo: -Este acoge a los descreídos y come con ellos."

El contraste es muy fuerte entre los descreídos (aquellos que no observan las normas religiosas y que son no practicantes) junto con los recaudadores (que son cómplices de la injusticia, personas que se consideran como ladrones, inmorales) frente a los fariseos y los sabios, que son las "personas buenas", (los observantes muy devotos, que tanto gustan de todas las prácticas religiosas).

El contraste es, que mientras que los recaudadores y los descreídos se sienten atraídos por Jesús y van a escucharlo, esta gente religiosa se escandaliza y lo critican de la manera típica de la gente religiosa, murmurando, nunca frontalmente, sin nombrar a Jesús, en primera persona: "- Este acoge a los descreídos y come con ellos."

La Ley enseñaba que hacia los descreídos había que tener mano dura. Eran personas amenazadas por el castigo divino, y había que mantenerlos a distancia. Jesús, no sólo no los mantiene a distancia, si no que se sienta a comer con ellos. Este fue otro escándalo, porque comer con los impuros significaba automáticamente contaminarse de las impurezas de los descreídos y recaudadores.

El contraste responde a lo que Jesús ya ha dicho en este Evangelio: son los que están mal quienes sienten la necesidad del médico, mientras que los fuertes, aquellos que presumen de

su persona, de su forma de ser, al médico no lo consideran. Estas parábolas se dirigen a quienes presumen de ser fuertes y conocer a Dios y que ya saben todo lo relacionado con Dios y su voluntad.

Lucas, con estas tres parábolas quiere que se cambie de manera radical una falsa imagen de Dios. Una imagen que ha sido manipulada, pues hablar del Dios que hace justicia ha sido sustituido por un Dios que es vengativo, rencoroso, que se ofende siempre y que castiga a todos los fieles por sus transgresiones y por sus pecados. O un Dios que se dice que es grande, potente, pero que se confunde esta grandeza con la lejanía, es decir, un Dios al cual nadie se puede acercar, que es casi inalcanzable.

Todo esto acaba con la descripción y la enseñanza que Jesús nos da de un Padre que es exclusivamente bueno al que no le preocupa que la gente le obedezca, o tenga que observar un conjunto de reglas. Esto al Padre no le preocupa en absoluto. Un Padre al que le preocupa que la gente sea feliz. Esto sí que forma parte de la voluntad y de la atención de este Padre, hacia cada una de sus criaturas pues se trata de eso: ser personas felices, por lo que las tres parábolas tienen esta nota de alegría: haber encontrado una oveja que se había que se había perdido. Una moneda que se perdió en la casa, y la más elocuente de todas: la de un hijo que se consideraba muerto y al final volvió a la vida. Esta alegría es la que caracteriza el mensaje de Jesús, pues con ella se expresa realmente lo que nuestro Padre Celestial desea para cada uno de nosotros.

Las parábolas están dirigidas hacia los fariseos y los letrados, aquellos quienes no acogen a Jesús y se escandalizan por su manera de actuar. Pero no porque esta gente tuviera que convertirse a la enseñanza y la novedad de Jesús, sino porque a Lucas lo que le interesa es que en su comunidad a la cual se dirige con su evangelio, no se repitan las actitudes de los letrados y fariseos. Que no haya gente que diga que cree en Jesús, pero mantiene una imagen falsa de Dios que no se corresponde con la enseñanza que Jesús nos da.

En la tercera parábola, la del hijo pródigo, (sería más correcto llamarlo el del padre misericordioso), aparece la figura del hermano mayor, el hermano que se escandaliza, que no quiere entrar en la casa, que reprocha al Padre que haya matado el ternero cebado para festejar un hijo que había derrochado sus bienes con las prostitutas.

Este hermano mayor es la referencia para los lectores de este evangelio, porque es el elemento que realmente le importa Evangelista: es la figura que aún continúa repitiéndose y sigue reproduciéndose en las comunidades cristianas. Hay que ser hermanos que reconocen la presencia de un Padre que es bueno con todos y que nos da todo, para que nuestra vida pueda ser la mejor posible. No es un padre que mire a sus hijos en base a sus méritos, sino un padre que quiere que a nadie le falte lo necesario para poder vivir bien. Por esto, la alegría del padre es la que debe comprender el hijo mayor, que sigue sin reconocer al hermano que ha tenido aventuras equivocadas y lo reconoce como a un extraño.

Hay que reconstruir la realidad de comunidad y de familia según las enseñanzas de Jesús, de acuerdo con esta identidad que nos ha dado de un padre que se preocupa por el bien y la felicidad de cada uno de nosotros. Un padre al que no se le puede decir: "No me consideres un hijo tuyo", como quería el hijo menor, sino que quiere que cada uno se considere hijo suyo, y que cada uno pueda vivir en esta relación de máxima comunión e intimidad con Él, y entre los que son parte de su familia.